

PREGÓN DE
LA
SANTA FÉ

1.997

MIGUEL MOLINA RABASCO

Hermano Mayor, Sacerdotes, cofrades, amigos :

Vaya por delante mi agradecimiento al Órgano de gobierno de esta Cofradía por la confianza depositada en mi para pronunciar el pregón del presente año. Escasos o nulos son mis méritos y ello me obliga a un mayor esfuerzo con ánimo de no defraudar.

Mi agradecimiento, también, al presentador, al que debéis disculpar si se excedió en sus juicios y apreciaciones.

Y después de este saludo y de la expresión de mi sincera gratitud, con vocación de brevedad, recordando la máxima de nuestro gran Baltasar Gracián de que lo malo, si breve, menos malo, comienzo con una justificación previa.

JUSTIFICACIÓN

Mi presencia aquí, para quienes me conocen, exige una breve explicación. Y ello es debido a que saben bien mi actitud reacia -por razones muy personales que no son del caso- a participar en actos de esta naturaleza. Las causas de esta excepción, de este quebrantamiento de mis normas de conducta, son muy simples y vienen dadas por el hecho de que este recogido lugar sagrado, por su proximidad a mi hogar, lo he visto resurgir, como una muy peculiar ave Fénix, de sus escombros y ruina. Y este levantarse y recomponerse, día a día, observado desde mis ventanas, me hacen considerarlo como algo propio que forma parte ya de mis vivencias. Aquí, pues, me siento como en casa, junto a los míos, rodeado de seres a los que quiero, de amigos a los que profeso afecto; nadie me es ajeno ni extraño. En consecuencia, para mí, no es éste un acto protocolario, social, ni incluso religioso, en sentido estricto; es, si acaso, un momento familiar feliz en el que, todos juntos, vamos a recordar el acontecimiento que transformó la espiritualidad del mundo y de nuestras vidas: la Pasión, muerte y resurrección de Cristo.

Pero, además, existe otra razón también importante y poderosa. He dicho como he visto enderezarse, afirmarse, recomponerse y acicalarse este templo; pero el suceso no ha sido debido a ninguna fuerza mágica o milagrosa sino a las acciones constantes de un grupo de jóvenes, algunos casi niños, que restando tiempo al estudio, al

trabajo, a la diversión lo han dedicado a la hermosa tarea de recuperar una ermita, tan íntima como ésta, que sólo por estar bajo la advocación de Dios Padre, no podía desaparecer o transformarse en otra cosa a impulsos del vértigo de la especulación urbanística. Y este esfuerzo, continuo y callado, de cuantos han colaborado en la obra, muchas veces de noche, merece, cuando menos, el reconocimiento de quienes hemos sido testigos de sus trabajos. He aquí, por tanto, otra justificación : mostrar públicamente mi admiración hacia ellos.

En el mundo estamos muy escasos de hechos ejemplares como para no dar publicidad a los que conocemos; de hechos ejemplares realizados en la vida cotidiana, penosa y exigente de nuestros días. De actitudes heroicas, en momentos cruciales y extraordinarios, casi todos somos capaces; no ocurre así cuando tales actos o sacrificios, por menudos que sean, han de llevarse a cabo de forma continuada, gris, humilde, oculta y son ahogados o difuminados por los acontecimientos de relumbrón que llenan a diario las páginas de los periódicos.

Con lo expuesto creo estar suficientemente justificado y satisfecha mi deuda moral con cuantos han colaborado para que la espléndida realidad de este templo haya sido posible.

INQUIETUD

Conocidas las razones justificativas de la ruptura de una norma muy personal -independientemente de su acierto o error- hay que encararse con el asunto que hoy nos reúne y a vosotros importa: el pregón, ya tradicional, de esta Cofradía. Y debo confesaros, con humildad y sincera inquietud, mi perplejidad al plantearme un tema que fuera objeto o argumento de la disertación. Hablaros de vuestra Cofradía, por mi parte, sería osada impertinencia: nadie mejor que vosotros conoce su historia, sus intimidades, sus problemas, sus objetivos y fines; adentrarme por los complicados vericuetos de la teología e intentar explicar contenidos y significados de la Fe (bajo la que os agrupáis), añadiría al atrevimiento la inconsciencia, pues doctores tiene la Iglesia, que por sus conocimientos y preparación están obligados a saberlos y enseñarlos de forma asequible ; ceñirme o limitarme a enumerar las peculiaridades de nuestra Semana Santa y hablar de santeros, de pasos, de imágenes, tampoco a mi me satisface; entre otras causas porque, aunque lucentino como el que más, he participado muy poco de manera activa en sus diversos actos y

manifestaciones e ignoro desde lo más elemental a lo mas esencial y tendría que valerme de escritos y experiencias ajenos, con lo que este pregón terminaría siendo un refrito lleno de tópicos, frases ajadas y, lo mas grave, de insinceridades.

LA GRAN INTERROGANTE

Prefiero, pues, marchar por otros caminos o senderos, tal vez menos llamativos pero que, con suerte, pueden llevarnos a encontrar perspectivas ignoradas de nuestras vidas y a vislumbrar algunas respuestas para esas preguntas que en tantas ocasiones toda persona con un mínimo de sensibilidad se ha hecho. Porque el hombre posee, como enseñaba un gran filósofo nuestro, la peculiar facultad -tremenda, emocionante y con frecuencia dolorosa- que consiste en encararse con su entorno e inquirir qué cosas son esas que se ofrecen a su mirada, para qué todo el abigarrado y heterogéneo conjunto de seres y objetos en el que se encuentra inmerso; facultad, y también desazón, que le empuja a la búsqueda penosa de una explicación y un sentido al mundo y a su propia vida; sentido y explicación que se transforman en acuciante necesidad cuando, en un ejercicio de acrobacia intelectual, se vuelve sobre sí mismo y se halla o, mejor, se siente como un islote, distante y distinto a los otros muchos que emergen en las aguas inquietas del océano de la vida.

Estamos, pues, solos en el mundo y únicamente un milagro será capaz de ahuyentar tal soledad. Cada uno de nosotros somos también, en cierta forma, un mundo, como muy bien expresa la frase popular; un mundo frágil y delicado, de duración limitada, que trata de encontrar el motivo o razón de su ser y estar aquí y a la brevedad de su existencia. Porque ocurre, pese a las angustias y sinsabores que el hecho de vivir comporta la mayoría de las veces, que éste que sentimos ser desea pervivir , sobrevivir, como ente individual y singular, más allá del tiempo; como en cierta ocasión escribí, de forma un tanto retórica, somos un puñado de polvo con ansias de eternidad.

LA GRAN RESPUESTA

A las trémulas preguntas que nos provoca sentirnos vivir -esta cosa extraña que nos sucede, tan gratificante a veces, tan difícil en

ocasiones- el hombre ha buscado siempre, desde que la chispa de la inteligencia prendió en su cerebro, las respuestas que le dieran una explicación convincente. El hombre es la única criatura que, además de hacerse su propia vida (como enseñaba Ortega) tiene necesidad de justificarla y darle sentido. Y esto solo puede conseguirse admitiendo la existencia de una Voluntad Suprema, omnipotente y eterna. Hace falta mucha ingenuidad y enormes tragaderas intelectuales para creer que la simple materia puede organizarse por sí misma, aún cuando le echemos paciencia durante milenios y milenios de milenios, hasta conseguir crear o convertirse, por ejemplo, en la maravilla de laboratorio que es cualquier ser vivo de los miles que pueblan la tierra o la recubren de verdor y perfumado colorido.

No es posible, a poco que pensemos, admitir el puro azar, una inaudita casualidad y dejar a Dios a un lado. Sólo la existencia de Dios explica el existir del hombre; sólo la Fe hace que adquiera sentido toda la vida y, en la singularizada, en la individual, - en la tuya y en la mía- esa fe es la única capaz de calmar inquietudes, de suavizar dolores, de justificar esfuerzos, de evitar la desesperanzada angustia de extinguirse para siempre en una tenebrosa nada.

LA FE

Hemos llegado, por un camino indirecto, a encontrar lo que llamamos Fe y que vosotros, cofrades, conocéis y apreciáis lo bastante como para apiñaros bajo su místico fuego. Pero en mi intención, ya lo he dicho antes, no está castigaros con somníferas elucubraciones. Mi deseo, si lo consigo, consiste en mostraros, de alguna manera, la fuerza incontenible de esa Fe, su energía inagotable. Allá por mi niñez, se nos enseñaba que la Fe es la primera de las tres virtudes teologales. A mí me gusta pensar que las tres son una sola aunque con manifestaciones distintas. Sin Fe no es posible la Esperanza (en el sentido de alcanzar los bienes prometidos o deseados) ni parece lógico amar a Dios sobre todas las cosas, según la acepción religiosa del término.

La Fe, pues, esa misteriosa carga eléctrica o magnética que sacude el alma y le imprime dirección y aceleración hacia la gran fuente de atracción universal que es Dios, con su inesquivable influencia, hace que uno se olvide del mundo y anhele, casi desesperadamente, como Santa Teresa de Jesús, llegar hasta El, clamando:

**¡Ay! ¡Que larga es esta vida!
¡Que duros estos destierros,**

esta cárcel y estos hierros en que el alma está metida!

Fe, Esperanza, Caridad: todas una sola virtud, que se funden y confunden con el más grande y preciado de los dones: el Amor

He aquí la médula, la esencia de todo el cristianismo; he aquí la sustancia inmaterial -valga la paradójica expresión- que nos aglutina, cohesiona y une haciendo de todos un racimo de realidades diversas nutrido del mismo ideal. Cuando antes hablaba de la soledad radical en la que nos sentimos inmersos, como islotes solitarios en un mar revuelto, decía que sólo un milagro podía hacernos establecer contacto unos con otros. Pues bien, ese milagro es, precisamente, el amor, que tiende puentes, pone alas y con su fuerza hasta puede hacernos caminar sobre las aguas para encontrarnos con otras almas que, en sus soledades, también buscan y desean el calor de nuestra presencia.

Nadie se asombre si con absoluta rotundidad y plena convicción personal, no avalada por autoridad alguna, afirmo que solamente la capacidad de amar nos otorga la cualidad de hombres, de seres humanos. Y lo somos más, evolucionamos hacia mayor perfección en la medida en que esa capacidad aumenta y adquiere vigor.

CONSECUENCIAS DE LA FE

Las influencias de la Fe en la vida del creyente tiene enorme importancia y condiciona el desarrollo integral de aquél. Recordemos lo dicho de que el hombre es, sin duda, el único ser vivo que ha de resolver el problema de qué hacer con su vida -ese emocionante y sugestivo hecho que le acontece-, de desarrollarla a través del tiempo, de realizarse a sí mismo como sujeto o ente histórico, esto es, como persona que quedará definitivamente dibujada y conformada por su quehacer y su pensar. Porque, en resumidas cuentas, somos hijos de nuestras obras, de la sucesión de actos y esfuerzos realizados en el transcurso de nuestro existir. Nada más.

Pues esta nuestra vida, que sin Fe carece de sentido y hasta de justificación, y se encuentra como perdida en un mundo que se le dado hecho, con ella puede orientarse y establecer el rumbo, la dirección, y encontrar motivos y estímulos suficientes para encauzarla hacia un objetivo claro, evidente, que desde la lejanía, como rutilante estrella, la está con insistencia llamando y esperando : Dios. Dios, siempre paciente, siempre desbordante de amor, al que no hemos de rogar que

nos espere pues, como decía Lope, está "**para esperar los pies clavados**" y aún podemos añadir que con los brazos abiertos para acogernos con constante reiteración, sean cuales fueren nuestras faltas, nuestros olvidos, nuestras cobardías, nuestras miserias...

La Fe posee la feliz facultad de despejar las sombras y nieblas que en forma de dudas envuelven a las grandes interrogantes que el mundo suscita en nuestra mente. Y tiene, además, la fuerza suficiente para hacer que nos encaremos con las dificultades y luchemos contras los obstáculos, dotándonos de una energía, fortaleza y valor nunca antes sospechados. No creo necesario recordar los memorables hechos de los grandes hombres de fe; la Historia está llena con sus acciones ejemplares.

VIVENCIAS DE LA FE

Existe un obstáculo, casi insalvable, para hablar de cosas que carecen de consistencia física, que son incorpóreas, inmateriales, pura abstracción, idea o eso aún mas complejo que produce sacudidas, conmociones, en nuestra alma, como son los sentimientos. El lenguaje, en estos casos, ha de valerse de imágenes, de símiles y comparaciones escogidas de nuestra experiencia del mundo real. Por eso resulta tan difícil de expresar y explicar lo que acontece cuando el alma se siente invadida y gobernada por la Fe y todos los actos son efecto y reflejo de ella. Por lo pronto la vida personal, como flecha disparada hacia una diana bien concreta, tiene ya dirección; y en ese espacio temporal que transcurre desde que es lanzada hasta que alcanza su destino final, las cosas, las situaciones, el paisaje atravesado, cuanto percibe a lo largo de su viaje, adquieren relieve, matiz y color distintos; son pura transitoriedad, avatares casuales, a veces agradables, con frecuencia hirientes, que sirven con su contacto o percepción para templar el acero de cada personalidad; algo así como pruebas a las que somos sometidos para medir nuestra fortaleza y el peso específico de nuestro amor.

Los místicos, para describir estas sensaciones del alma encendida en la fe, ardiendo en el fuego inagotable del amor a Dios, no han tenido otro remedio que acudir a comparaciones con el amor humano; amor éste, por otra parte, que no deja de ser, también, divino, aunque no se dirija directamente a Dios sino a alguna de sus criaturas,

obras suyas. Es una forma sesgada, indirecta, pero emotiva , de adoración al que creó una criatura que nos atrae y seduce con sugestiva fuerza.

Este recurso a los medios expresivos del enamoramiento y del amor humano para dar a conocer la experiencia mística, no es nuevo: sirva de ejemplo, en la Biblia, El Cantar de los Cantares. En toda la obra poética de San Juan de la Cruz, en lectura realizada sin otras consideraciones que las puramente literarias, sólo se percibe ese amor, incontenible y extremado, de dos enamorados. Pero no nos equivoquemos ni escandalicemos: esos enamorados, son el Alma y Dios. Y así es, cuando exclama:

**¡Ay, quien pudiera sanarme!
Acaba de entregarte ya de vero,
no quieras enviarme
de hoy mas ya mensajero,
que no sabe decirme lo que quiero.**

Porque en el amor, sea cual fuere, no caben intermediarios, ni correos, ni mensajeros que nunca saben decir lo que oír queremos; entre otras causas, porque las palabras de amor han de ser dichas y oídas en cálida cercanía, y mas que su contenido importa la voz trémula, el aliento próximo, la presencia vibrante, estremecida, del ser querido.

Esto, traducido a la idea mística de los poemas de San Juan de la Cruz, es así. Él mismo, explicándolo, escribe: **"porque ninguna cosa de la tierra ni del cielo puede dar al alma la noticia que ella desea tener de Ti, y así, no saben decirme lo que quiero. En lugar, pues, de tus mensajeros, Tu sea el mensajero y los mensajes."**

También Santa Teresa de Jesús, esa mujer enérgica, andariega y quiijotesca, de férrea Fe, que de joven quiso sufrir martirio, por considerar que los santos pagaban muy barato el gozo de la contemplación de Dios, con la fuerza de su amor sediento, escribiría páginas emocionantes.

Que la fe otorga a nuestra vida una especial capacidad para ser felices, no cabe dudarlo; bajo su influencia nada ni nadie tienen poder bastante para robarnosla o disminuirla. Si los avatares que nos afectan son positivos y satisfactorios, serán favores inmerecidos con los que, sin particular mérito, nos premia la Providencia y, por tanto, gozaremos de ellos y nos producirán felicidad; si, por el contrario, el destino nos reserva penalidades y sufrimientos, éstos se transforman en pruebas con las que se temple el ánimo y se refuerza la fe; en consecuencia,

también los recibiremos con igual predisposición y sosiego. Nada pueden contra nosotros las adversidades ni las fortunas: siempre serán manifestaciones o, mejor, acciones de quien amamos por encima de cualquier circunstancia y, dada la reciprocidad de ese amor, alguna causa, motivo o razón, que escapen a nuestra pobre comprensión, habrá para que sucedan.

Pero, a estas alturas, parece lícito preguntar si la Fe de todos nosotros, de la mayoría, tiene siquiera semejanza con la de las grandes figuras de la santidad, que jalonan la historia de la Iglesia, si no existen matices, claroscuros, fallos de esa fe. O, por decirlo de forma más llana, si la nuestra no es una fe más endeble, más frágil. Y la respuesta es, sencillamente, que como reflejo de la personalidad de cada cual, varía; a veces crece y en ciertas circunstancias, puede llegar a las cotas más elevadas; otras, en cambio, disminuye, se tambalea o quiebra, según el peso y dureza de las adversidades, o es agitada, zarandeada, casi arrancada por los vientos huracanados de las dudas y desesperanzas. Ejemplos de ello los tenemos abundantes. Hasta los más santos cayeron en algún momento. Para mí es muy significativo el caso de San Pedro, narrado en el Evangelio de San Mateo. Cuando al ver andar a Jesús sobre las aguas, turbados y asustados los discípulos, Pedro dijo: Señor, si eres Tú, mándame ir a ti sobre las aguas. Entonces Él le dijo: Ven. Bajó Pedro y anduvo hacia Jesús. Pero en un cierto momento sintió miedo y comenzó a hundirse, mientras gritaba al Señor que lo salvase. Jesús le tendió la mano y lo cogió, diciéndole: Hombre de poca fe ¿por qué has dudado? . Tampoco Tomás, hasta que tocó con sus dedos las heridas de Jesús, creyó en su resurrección.

Es muy humano que nos asalten dudas; es comprensible que en momentos de desesperación, cuando todo parece no tener salida ni solución, nos falte el valor y se debilite la fe. Cada día acontecen hechos, catástrofes, dolores inútiles para los que no encontramos explicación válida y que nos sumergen en la más terrible de las depresiones: la de sentirnos huérfanos de Dios, abandonados, solos, en un entorno agresivo, irrespirable, que nos ahoga y acongoja, sin que podamos hacer nada por escaparnos, como en esas pesadillas en las que ante inminente peligro, somos incapaces de correr o, si lo hacemos, no conseguimos avanzar.

Que es humano, muy humano, sentir soledad, densa soledad, en los momentos de dolor y sufrimiento, pese a que nos rodee una multitud; que es humano, muy humano, creerse abandonado en las ocasiones cruciales de la vida, nos lo dio a entender el propio Jesús

cuando, antes de expirar en la cruz, exclamó : ¡Dios mio! ¡Dios mio!,
¿porqué me has desamparado ? (Mt 27.46).

No nos extrañemos, pues, que en numerosos instantes de este azaroso existir nuestro, cuando mas necesitamos percibir, casi de manera física, la presencia y la mano tendida de Dios, nos falle la fe, como a Pedro, y en vez de caminar con seguridad por este agitado mundo, nos hundamos en el abismo de sus miserias. Y es, entonces, cuando nuestra alma inquirirá con desesperación:

**¿Dónde estás, Señor, que no te encuentro?
¿Dónde, oh Señor, tan oculto te hallas,
que ni en el cielo ni en la tierra veo
tu presencia amada?**

Y al no obtener respuesta audible, vencidos por la adversidad del destino, nos sumergiremos en nosotros mismos y nos inundará esa laxitud que suele sobrevenir pasadas las graves convulsiones o grandes crisis. Y, entonces, como el poeta,

**Al sentirlo sin ti, todo vacío,
lleno de dudas y desesperanzas
vuelvo los ojos, ciegos sin tu luz,
al fondo de mi alma.
Y ya en íntimo recogimiento,
con una paz tranquila y sosegada,
-¡oh milagro del amor- dentro de mi
siento lo que buscaba.
Porque estás, mi Dios, aquí, conmigo,
en lo mas profundo de mi propia alma
y al mirarte en mi, los dos a solas,
mi corazón se abrasa.**

Porque ocurre, después de todo, que Dios se encuentra en todas partes y su imagen se refleja en sus obras: en ese inmenso cielo estrellado, lleno de mundos que nos anonadan con su grandeza y magnitud, hasta el extremo de que cuanto mas lo conocemos mas nos asombra; en esta tierra, hogar y despensa nuestros, que si en ocasiones nos asusta e incluso nos hiere con sus espasmos telúricos y violencias, también nos gratifica con sus bellezas, con sus

**"bosques y espesuras,
plantadas por la mano del amado"**

como cantaba San Juan de la Cruz.

Pero, sobre todo, Dios está en sus criaturas, en cada alma por el creado a su imagen y semejanza. Mirándolas con fe, con amor, en ellas

lo veremos; como lo encontraremos también en nuestro corazón cuando, observemos nuestro interior y meditemos sobre esto tan enigmático, gratificante y sugestivo que nos acontece: vivir.

EL EJEMPLO DE HUMILDAD

Después de este recorrido sobre diversas facetas y consecuencias de la fe, es obligado ahora referirme a uno de los pasos mas emblemáticos de vuestra Cofradía: el lavatorio. No quiero dejar de subrayar la perfección de la imagen de San Pedro y el armónico conjunto que forma con Jesús arrodillado, lavando los pies del discípulo. Pero me importa, mas que destacar estos detalles exteriores que vosotros conocéis mejor que yo, pues lo cuidáis con mimo, devoción y maestría, poner de relieve el simbolismo o, mejor, el mensaje de la escena.

San Juan narra con detalle el suceso en su Evangelio. Jesús sabe que llegaba su hora en este mundo y con aquel su actuar ejemplarizante, que enseña tanto con la acción como con las palabras, se desprende de su manto y ciñéndose una toalla, después de llenar una jofaina de agua, lavó los pies de sus discípulos. Pedro se resiste pero al fin ha de obedecer. Y después les dice: Si yo, siendo vuestro maestro y señor, os he lavado los pies, también habéis de hacerlo vosotros unos a otros.

Hecho y expresión que han de entenderse como un mandato a la humildad, a no eludir, incluso, el mas humillante y despreciado menester, si se realiza al servicio de los semejantes; que nadie es mas grande que cuando voluntariamente se empequeñece y esfuerza para ayudar y enaltecer a otros. Si al mismo Dios no le importa, arrodillado como un siervo ante una pobre y humilde criatura, con sus manos milagrosas y creadoras, ejecutar la tarea de lavar los endurecidos pies, cubiertos de polvo y tierra de todos los caminos, de sus discípulos, ¿quien será capaz de negarse a ningún trabajo o quehacer, por bajo o mal visto que sea, en beneficio del prójimo?

Conviene detenerse y reflexionar sobre este hecho insólito, extraordinario y ejemplar. No se trata de un milagro espectacular ni de una acción heroica capaz de asombrarnos, precisamente, por ser resultado de un poder sobrenatural o de un valor por encima de la altura normal del comportamiento humano; Jesús, contrariamente, se empequeñece -desde el punto de vista social- y con amor y celo ejecuta

una labor servil. Pensemos en este suceso sorprendente y admirable. Y para ello recordemos al Omnipotente Dios Creador de un mundo tan enorme (ya se ha apuntado antes) que nos anonada con su inmensidad, con sus galaxias en permanente fuga, con sus incomprensibles agujeros negros y sobre el que solo cabe teorizar porque su exploración resulta imposible con la actual tecnología; un Dios capaz, al propio tiempo, de ordenar y combinar el limitado número de elementos que forman la materia,-un centenar apenas, si recordamos la tabla periódica- con el resultado espléndido y emocionante de esa vida que aparece en un extensísimo muestrario que va desde los invisibles seres unicelulares hasta este hombre complicado y dubitativo, capaz de atormentarse con preguntas sobre su origen y su final. No creo que nadie dude de la certeza de cuanto se ha expuesto y, siendo así, no tenemos mas remedio que turbarnos y emocionarnos porque

**un Dios de tanto poder y fuerzas tantas
en un hermoso gesto de humilde sencillez,
no le importe lavar con sus manos santas
de pobres pescadores los cansados pies.**

Lección de humildad, lección de enaltecimiento de la tareas mas desdeñadas y valoración de la persona con independencia de su posición, de su riqueza. Ningún trabajo, si es realizado con amor, puede despreciarse; ninguna criatura, cualesquiera que sean sus cualidades o circunstancias, merece nuestra repulsa, abandono o desdén. Y cuanto inferior la considere la gente, mas atención nos exige; lo que importa de toda persona no depende de su status, ni de sus circunstancias, sino del hecho primario de ser un semejante. Nuestros actos han de medirse por su intención y liberalidad, por el afecto y delicadeza que le imprimamos. Así hay que entender la enseñanza que nos da, una vez mas, con su ejemplo, el divino Maestro.

JESÚS, PRESO

El simbolismo en vuestra Cofradía se completa con el recuerdo de un hecho significativo, que marca el comienzo real de la Pasión: la detención de Cristo, su apresamiento. El suceso está narrado con detalle por los cuatro evangelistas de manera casi idéntica, sin apenas variaciones. La prisión de Jesús supone el triunfo de la conspiración de los notables y de los sacerdotes y se efectúa, según San Lucas, "procurando que no sea durante la fiesta, no vaya a alborotarse el

pueblo". El Maestro ya está preso, maniatado, sin libertad. Esta situación produce un efecto psicológico en sus seguidores, que se hundan en el desánimo. Si confiaban en Él como salvador del pueblo; si le creían con capacidad y poder suficientes para enfrentarse con la sociedad, ahora, al verlo solo, prisionero, abandonado por los suyos, sin que en apariencia pueda evitar las vejaciones, las torturas y la presentida muerte, todos los sueños de redención, de alcanzar el nuevo reino tantas veces prometido, se desvanecen y derrumban. Y eso es, en definitiva, lo que buscaban sus enemigos.

**Ya estás preso, Señor, ya la esperanza
acabó para el pobre y el enfermo,
para el que hambre de justicia tiene
y carece de cobijo bajo techo.**

**Ya estás preso, Señor, tú, el amigo
del sencillo y castigado pueblo,
al que alivian tu voz y tus palabras
con las promesas de un nuevo reino.**

**Ya estás preso, Señor, ya los malvados
y los hipócritas han satisfecho
su venganza y aseguran, para siempre,
-eso creen- el egoísta y perverso
dominio del mundo y de otros hombres
a los que hunden en un infierno
de miserias, sudor y lágrimas,
robándoles, también, la fe en el cielo.**

¡Ya estás preso, Señor! Habían conjurados contra ti muchos intereses, muchos egoísmos, muchos poderes, muchas envidias y maldades. Tus palabras transmitían mensajes que no encajaban entonces, ni encajan ahora, en el engranaje de esta vieja sociedad. Son como duros cascotes entre las dentadas piezas de la maquinaria social, que entorpecen y obstaculizan su funcionamiento y dislocan los resultados. Pero la fuerza de la codicia y el interés esclavizador son tan potentes que, aún así, sigue funcionando esa máquina con insólita eficacia y consigue triturar y expulsar cualquier obstáculo que se le oponga, aunque sean palabras divinas.

¡Ya estás preso, Señor! Tú dijiste a los tuyos: Si el mundo os aborrece, sabed que me aborreció a mi primero. Y, ciertamente, te aborreció y me temo que no ha dejado de hacerlo. ¡Que fea palabra esta de aborrecer! Pero, ¿por qué te aborrecen? ¿Qué hiciste, Señor, para ello? ¿De que males, de que daños, de que odios fuiste causa?

Recorriste todos los caminos a la búsqueda de gente a la que anunciar la buena nueva. Lugares escondidos, dispersas aldeas, lejanas ciudades recibieron el alimento de tu palabra; las montañas, el mar, los lagos fueron escenario de tus enseñanzas y mudos testigos de tus milagros. En todos los sitios mostraste tu sabiduría y tu bondad. Curaste enfermos, devolviste visión a los ciegos, multiplicaste el pan y los peces, resucitaste a Lázaro, transformaste el agua en vino... Y, además, explicabas como debe perdonarse hasta setenta veces siete, esto es, siempre y sintetizaste lo mas importante de la ley divina, en un precepto: amar. Y para que ésto quedara fijo, como grabado al fuego, en nuestras duras entendederas, nos lo desarrollabas en las parábolas, esas hermosas e irrepetibles breves narraciones, donde aparecen claras, diáfanas, comprensibles, todas las ideas y las consecuencias y conclusiones que debemos recordar.

¡Ya estás preso, Señor! Ya quedan atrás aquellos días de andanzas, de multitudes desesperanzas siguiéndote a la montaña o al lago, olvidadas de si mismas y de toda la carga de dolores y miserias de sus vidas; de gente atrapada por el mágico atractivo de tu persona, prendidas del cálido sonido de tu voz, consoladas por la belleza y contenido de tus mensajes. Lejanos, muy lejanos, parecen ya los días en que, niño aún, asombraste en el templo a los doctores, dejándoles "estupefactos" de tu inteligencia, de tus "respuestas"; y aquellos otros en que la tentación te persiguió en el desierto o cuando proclamaste, a todos **los vientos**, las bienaventuranzas o calmaste la tempestad; y aquel día en que bebiste agua fresca del cántaro de la samaritana, junto al pozo de Jacob, y cuando acariciabas a los niños y anatemizabas a quienes los escandalizan...;y tantas y tantas otras ocasiones en que derrochaste paciencia y amor. Apenas unas horas hace que entraste en esta orgullosa Jerusalén , triunfante como un rey, aplaudido como un conquistador, admirado como un sabio, querido como un salvador, deseado como el libertador de un pueblo perseguido y oprimido que esperaba contigo alcanzar el cenit de su historia; y toda la multitud vitoreante y entusiasmada, todo aquel gentío enardecido, exultante de alegría y esperanzas, ha desaparecido, se encuentra escondido, asustado, huido quien sabe dónde, temeroso de que alguien pueda recordar que te aplaudía y le acuse de seguirte. ¡Perdónalos, Señor! ¡ Si hasta el propio Pedro tendrá miedo y te negará!

¡Ya estás preso, Señor! En esta conspiración, donde se entremezclan el temor a la pérdida del poder, la venganza, la avaricia, la hipocresía, la corrupción y la envidia, con su lívida amarillez de bilis, todo parece que está perdido. Son demasiadas las fuerzas coaligadas

contra ti para que puedas vencerlas como hombre. Ya te tienen atadas las manos para que no te defiendas, para que no huyas, para que no hagas ningún gesto de poder, tu que los tienes todos. ¿Seremos ingenuos ? Te bastaría mover un solo dedo y todos caeríamos fulminados.

Pero no. Tus santas manos creadoras
que curan el mal y calman el dolor,
jamás harán de armas destructoras,
ni las moverá instinto vengador:
Son delicadas manos protectoras
de un Dios, todo El, infinito amor.

Y están bien sujetas, como si fueras un vulgar facineroso. Conocen toda tu vida, saben de tu compasión por los necesitados, de tu doctrina de amor y de perdón, de tus milagros y aún creen que te defenderás, que eludirás tu destino. ¿Seremos estúpidos? Creo que no hemos entendido nada. Si tu te dejas, y vas a dejarte, atravesar las manos con punzantes clavos a la cruz, es para tener los brazos abiertos, prestos a recibirnos, perdonarnos y fundirte con nosotros en un abrazo; y no necesitamos rogarte, para ello, que nos esperes, que nos aguardes, porque a la ruda madera van a estar, también, "para esperar los pies clavados", como cantaba el poeta, en clara e inequívoca situación de que con paciencia infinita , en dolorosa vela, aguardas nuestra llegada como padre amoroso.

¡Ya estás, Señor, preso! Todos te hemos atado fuertemente y te empujamos al sacrificio. Todos, cada día, nos olvidamos o renegamos de tí; nos atrae demasiado este mundo, la falsa realidad que percibimos. Somos demasiado cuerdos y en exceso prudentes y precavidos; deseamos y buscamos la comodidad, el confort, la seguridad, frecuentemente con egoísmo excluyente; no queremos ver como en nuestro derredor semejantes nuestros mueren de hambre, son asesinados sin piedad, se desangran sin ayuda, desfallecen sin apoyo, claman por la justicia y la paz con gritos angustiosos que nadie oye, gimen ante una multitud indiferente y sorda que solo piensa en sí misma y en sus `posesiones., Como decía aquella espléndida mujer, incansable andariega por todos los caminos de esta vieja España, de quijotesco valor a lo divino, Teresa de Jesús, "seamos todos locos , por amor de quien por nosotros se lo llamaron." Y para seguir esta recomendación, siquiera sea por una vez, pidamos , ya que estamos en la fecha propicia, próxima la Semana Santa: Señor, incendianos el alma

con el fuego de la Fe , para que seamos capaces de desprendernos de los ataderos con que nos sujetan los intereses y las cosas de este mundo, para que podamos romper los grilletes con que nos retienen los egoismos y goces materiales de la sociedad, para que no nos importe arrojar nuestros cómodos vestidos y abandonar nuestros confortables hogares y marchar por caminos pedregosos, empinadas veredas y fatigosos senderos a la búsqueda de la verdad, de la justicia y del bien, como nuevos Alonsos Quijanos, ávidos por enderezar entuertos, proteger a desvalidos y vencer a los poderosos gigantes que extienden sus largos brazos, como tentáculos, controlando el planeta, sin importarles el hambre que dejan insatisfecha y la justicia por la que claman los desheredados; danos, Señor, la fuerza necesaria para enfrentarnos con quienes ensucian, envenenan y explotan esta tierra, sin importarles la asfixia, el dolor y el sufrimiento de otros seres; insúflanos, Señor, la locura de amor sin límites de tu siervo Francisco de Asís para que, como él, seamos capaces de sentirnos hermanos del sol y de las estrellas, hermanos de la rosa y del jazmín, hermanos de las aves y de los peces, hermanos del lobo y del hombre... Porque. en definitiva, Señor, todos somos creación tuya. Que así sea.